

Reseñas

Tres nuevos libros sobre la Revolución Mexicana

Introducción

La veta inagotable de libros, folletos, documentos y testimonios que la Revolución de 1910 ha producido, obliga al lector interesado y al investigador especializado a tareas de selección y búsqueda no siempre exitosas.

Parte de la historiografía sobre el tema se debe a la pluma y el esfuerzo de estadounidenses que guiados por un interés que arranca desde el siglo XVIII no mengua sino hasta las centurias subsecuentes. Interés que en el presente siglo se acrecentó por la preocupación del acontecer revolucionario y por su enconado propósito hegemónico.

La presencia de observadores e historiadores norteamericanos, materializada en obras como la de Carleton Beals y la de Michael Meyer, aparecidas con casi cinco décadas de diferencia, muestran a los mexicanos que el nuestro fue y sigue siendo país de intereses prioritarios para quienes en forma irrevocable —y a veces trágica— comparten una larga frontera común.

A esta fecunda literatura norteamericana sobre lo nuestro, se suma el esfuerzo por recuperar textos desperdigados, documentos a veces desconocidos o perdidos como lo son, en este caso, los de Felipe Angeles, que fortalecen y dan sentido al análisis del proceso revolucionario de 1910.

Beals, Carleton, *Porfirio Díaz*, traducción de Ma. Eugenia Llano, México, Editorial Domés, 1982, VIII, 564 p.

Ma. Eugenia Arias Gómez

El interés en conocer, comprender y explicar nuestra razón de ser, lleva a muchos extranjeros al estudio de la historia de México. Tal es el caso del periodista norteamericano Carleton Beals quien vino a nuestro país durante la Revolución; en ese entonces conoció y convivió con algunos participantes del movimiento. Fue director de la Preparatoria del Instituto Inglés y del Colegio Americano en la ciudad de México (1919-1920); fungió como colaborador de Carranza y después como corresponsal de periódicos norteamericanos. Sus vivencias y observaciones lo motivaron a escribir y publicar varios libros como: *Mexico, an Interpretation* (1923); *Brimstone and Chili. A book of Personal Experience in the Southwest and in Mexico* y *The Historic Background of Mexico* (ambas de 1927); *Mexican Maze* (1931), ilustrado por Diego Rivera y editado ese año en español con el nombre de *México desconcertante. Impresiones de un pensador norteamericano*, y once años después con el título *Panorama mexicano. Luchas, costumbres y supersticiones de un pueblo heroico*; *Porfirio Díaz, Dictator of Mexico* (1932) se debe también a su pluma.

Esta última obra, traducida ahora al castellano, enriquece el conocimiento de un controvertido personaje de nuestro acontecer. Además, se suma a las versiones distintas, extrañas, sobre lo mexicano. Por su parte, el autor se ha propuesto "estimular a otros" para que analicen con la intensidad deseable el largo periodo en que se desarrolló Porfirio Díaz Mori ya que, según aclara, esta biografía no aspira a ser un trabajo académico.

Para realizar la investigación, Beals viajó por México; entrevistó a conocidos de Díaz, quienes le prestaron cartas y documentos privados; "desenterró" archivos y consultó bibliotecas. Tuvo apoyo de algunos políticos y escritores mexicanos, así como de varios de sus connacionales; contó además con los auspicios de la fundación Guggenheim.

El libro se inicia con la amena y certera presentación que hace el historiador Luis González; le suceden el prefacio del autor y seis partes que encierran 58 capítulos divididos ordinalmente; tiene ilustraciones e índice analítico. No existe bibliografía final; Beals lo justifica por lo vasto del material (más de 3 000 volúmenes consultados) y aclara que se publicará más tarde. Salvo por unas cuantas notas explicativas, el texto carece de aquéllas que remitan a las fuentes; sin embargo, Beals reproduce pasajes y menciona obras y autores (mexicanos y extranjeros) por los que se infiere que usó novelas, periódicos, apuntes, memorias y bibliografía.

De acuerdo con Luis González, el trazo es lineal; la obra suscita polémica, es ágil por el lenguaje fluido y la prosa del buen periodista; narra y describe; condena y alaba; no siempre explica las causas de los hechos que expone. Para Carleton Beals, "la verdad yace en medio" y figura el azar.

A veces novelesca, otras galería de cuadros, *Porfirio Díaz* lleva a aventuras increíbles y exhibe el interior, la faz de los individuos y sus debilidades. Paralelamente a la biografía se observan características nacionales (política, sociedad, economía, etc.); Beals hace analogía y sincronía. Consciente del nazismo, del fascismo y del maximato, los parangona con el modelo de la dictadura.

Carleton Beals, como otros extranjeros, queda prendado por el misterio de nuestra tierra. Encaja al personaje en "una vieja tierra de leyenda", "de fantasmas" y "hombres de hierro" (Oaxaca) y en el acontecer local y nacional; destaca las anécdotas del niño, del joven seminarista luego renegado; del estudiante de leyes y del liberal en potencia. Lo desenvuelve como militar en la guerra de Reforma, en la Intervención Francesa y en los movimientos contra Juárez y Lerdo, en una época de anarquía, atraso y desorden, para concebir al "hombre de piedra que gobernaría en una edad de hierro (la Nueva Era)". Así, el mixteco y mestizo Díaz, se inicia en el poder como liberal y protector de sus intereses de clase, y después se gesta y desenvuelve como político y dictador.

Porfirio Díaz, afirma Beals, cortó el cordón umbilical de su regionalismo; fue dueño de sí y pasó de hijo oaxaqueño a hijo de México. Aparece en el amanecer de un "nuevo y exagerado nacionalismo", cuando el mexicano común odia al extranjero. Se trazó una misión: la unidad del país, la "conquista del Estado" y la dirección hacia la "Nueva Era"; pero México "feudal, semi-comunal y patriarcal" fue llevado hacia una "aparente prosperidad". La dictadura se levantó sobre los cimientos del patriota Manuel González "el mejor administrador en la historia mexicana". Para sostenerla, Díaz se fue deshaciendo de todo estorbo (enemigos y amigos; grupo tuxtepecano); creó una *Realpolitik* digna de la envidia de cualquier dictador y se sustentó en los "Científicos", "nuevos criollos, pillos y reaccionarios".

Conforme trata al personaje, Beals va subiendo de tono hasta condenarlo, lo sostiene y tira a través del diálogo con Clío. El norteamericano hace juicios

por demás sugestivos; llega al sarcasmo y a la concepción trágica: "látigo en mano trató de dirigir a su pueblo en línea recta... el pueblo se volvió y arrancó el látigo... El indio, el mexicano, sabe que el mundo es curvo y en espiral... le dijeron que estaba manchado de sangre. Así lo arrojaron y se arrojan ellos mismos a un océano de sangre. Fue su tragedia y la de ellos.

Siendo inminente la era de la máquina, se necesitaba crear infraestructura. Beals critica que los ferrocarriles llevaran a un atraso peor que el de antes y a la división del país en dos mundos; asimismo censura el papel de la hacienda, de la industria y la política financiera. Insiste en el abandono de principios y libertades, en la razón y práctica del "pan o palo", "la paz de los sepulcros", y "la poca política y mucha administración".

Lo más atractivo del texto es cuando arguye que la verdadera revolución en México fue la del Porfiriato, en el momento en que se sustituyeron los fundamentos legales antiguos por el moderno *laissez faire* del desarrollo capitalista; cuando señala a Díaz como figura revolucionaria, "Obregón y Calles son de *papier-mâché*" y cuando concluye que la "Nueva Era pasó a la Era de Sangre", "de revolución, de comunismo, de agrarismo, de odio al extranjero"... "somos de bronce e indios, mestizos y ladinos, queremos ser *no nosotros mismos*".

Carleton Beals presenta una visión histórica interesante aunque discutible. En sus especulaciones llega a la exageración, a lo apócrifo y a la contradicción. Concibe que el proceso mexicano tiende linealmente primero hacia una era de "paz, clemencia, comercio e industria" y después hacia una época de estancamiento: "La Nueva Era... había recorrido sus tres décadas, pero se había apartado del camino principal para seguir por los pantanos de las tradiciones coloniales, por un callejón social, política y económicamente sin salida".

Michael C. Meyer, *Huerta un retrato político*, México, Editorial Domés, 1983, 311 p.

Ana Lau Jaiven

La fascinación que el tema de la Revolución mexicana ejerce entre los estudiosos mexicanos y extranjeros resulta innegable. Los norteamericanos, especialmente, han puesto los ojos en México y en sus posibilidades históricas mediante una importante contribución a la historiografía del movimiento de 1910. Este interés por abordar objetivamente una época histórica tan polémica parte de la curiosidad que existe por estudiar y comprender a nuestro país. La interpretación que nos ofrecen es producto de una visión menos partidaria y vehemente, capaz de poner en claro algunos aspectos que han estado vedados para el historiador local.

La biografía política de Victoriano Huerta, escrita por Michael Meyer, es una reflexión que se ocupa de la "postura ideológica del régimen que ha sido considerado repugnante a la ética revolucionaria y, por eso, indigna de empeños académicos serios".

Los once capítulos en que Meyer distribuye su estudio muestran una "línea ondulante progresiva" donde los procesos de continuidad y cambio afectan a todos los niveles de la sociedad. Así, examina las mutaciones políticas y económicas y los sucesos que rompen esa continuidad social de la que Victoriano Huerta es el protagonista.

De manera sucinta trata desde el nacimiento de Huerta hasta el triunfo de la revolución maderista de 1910. Si bien no externa sus juicios a favor o